

Metáfora y cognición. Consideraciones sobre el alcance cognitivo de la metáfora viva

Esteban Guio Aguilar
U.N.M.d.P. - U.N.L.P.

RESUMEN

Fundamentalmente desde el surgimiento de la hermenéutica moderna, la metáfora ha sido considerada, por algunas corrientes filosóficas, capaz de brindar información de la realidad, vehiculizar conocimiento del mundo o portar verdad. Esto supone que la interpretación que afecta este fenómeno debería componer un enunciado con características referenciales igualmente entendidas por el autor y el intérprete. Sin embargo, no resulta claro cuál puede ser el procedimiento que asegure tal empresa, primordialmente para el caso de la *metáfora viva*. La dificultad se funda en que ésta opera en un espacio de innovación semántica donde los escasos límites para la configuración del sentido permitirían la posibilidad de una paráfrasis infinita. En consecuencia, cualquier intento de componer un significado medianamente estable que posibilite la transmisión de contenidos cognoscitivos resulta improbable. En este sentido, el presente trabajo intenta abordar esta problemática señalando los límites a una concepción de este tipo y dando apoyo a la perspectiva de Donald Davidson, quien niega que la metáfora pueda ser vehículo de conocimiento.

PALABRAS CLAVE: Metáfora - significado - conocimiento - Ricoeur - D. Davidson

El problema de la metáfora y su relación con el conocimiento se da, con Ricoeur, en el contexto de una defensa del discurso literario en oposición al científico. Su pretensión es establecer que el excedente de

sentido producido en la interpretación poética es parte de su significado y, en consecuencia, poseedor de contenido cognoscitivo. Desde esta perspectiva, Ricoeur encuentra que el valor cognoscitivo de las obras literarias se funda en su funcionamiento metafórico (Ricoeur, 1995: 58).

Este excedente de sentido implica pensar la estructura de la obra literaria como tensión entre lo literal y lo figurado. La herencia del positivismo lógico adjudicaba valor cognoscitivo sólo a la porción de lenguaje comúnmente entendida como literal. De modo que todos aquellos datos extraídos de un sentido figurado eran parte de un lenguaje puramente emotivo incapaz de transmitir conocimiento. Sin embargo, Ricoeur entiende que la configuración del significado de un enunciado debe apoyarse en la interacción de ambos sentidos. En consecuencia, la relación entre lo literal y lo figurado es intrínseca a la significación completa de la metáfora. Lo que un poema dice se relaciona a lo que sugiere, su significación primaria se vincula a la secundaria, y ambas son semánticas.

La idea de metáfora que a Ricoeur más interesa está comprendida en lo que él denomina "metáfora viva". Este concepto implica entender a la metáfora como un espacio de innovación semántica en el que ningún código reconoce, entre sus relaciones prefiguradas, su significado. Cuando el nuevo significado se solidifica y pasa a formar parte del corpus lexical, deja de ser estrictamente una metáfora. Desde esta perspectiva, Ricoeur entiende que el sentido de la metáfora viva "emerge como resultado único y fugitivo de una cierta acción contextual!" (Ricoeur, 1988: 32). Pero esta singularidad del proceso significativo atentaría contra la consagración de la metáfora como vehículo de conocimiento y portador de verdad. En efecto, si el significado que se obtiene al interpretar una metáfora es único y fugitivo, constituido singularmente como acción contextual, ¿cómo es posible que pueda albergar un conocimiento medianamente estable, una verdad? ¿De qué modo podría escapar a la pura subjetividad del sujeto que otorga sentido?

Ricoeur entiende que la regulación en la construcción del sentido para la metáfora viva estaría dada por cierta relación entre los códigos a partir de la proximidad semántica que proponen los dominios en tensión. Sin embargo, la debilidad lógica de esta categoría explicativa limita, en alguna medida, la posibilidad de adjudicar a estos particulares

enunciados vínculos con el conocimiento y la verdad.

Esta problemática fue observada por Donald Davidson quien, desestimando la capacidad de las metáforas para vehiculizar conocimiento, comprende que éstas "significan lo que significan las palabras, en su interpretación más literal y nada más" (Davidson, 2001: 245). Sostiene, así, que aquello que generalmente se considera significado metafórico, corresponde a los pensamientos que la metáfora provoca en el intérprete. En consecuencia, pudiéndose hablar sólo de efectos y no de contenidos, la metáfora no provee información del mundo.

En este contexto, el presente trabajo facilita un acercamiento a esta discusión a fin de analizar el valor cognoscitivo de la metáfora. Esta tarea se realizará fundamentalmente desde el análisis de las tesis ricourianas de la metáfora, oponiendo luego la perspectiva ya citada de Donald Davidson. Previamente, se examinarán dos teorías lingüísticas prestigiosas y difundidas: la semiología de base estructuralista, centrada alrededor del concepto de código, y las teorías lingüísticas pragmáticas-cognitivas, sustentadas a partir del concepto de intención. Se evaluarán sus hipótesis fundamentales que explican la significación estándar y la posible constitución de sentido para enunciados metafóricos y mensajes estéticos. De este modo, se extraerán herramientas conceptuales que faciliten la comprensión de las tesis propuestas por Ricoeur y Davidson.

Con todo ello, la pretensión será señalar los límites de la posición que adjudica poder cognitivo a la metáfora. Finalmente se dará apoyo a la posición davidsoniana según la cual el supuesto significado metafórico es una construcción ilusoria producto de los efectos que la metáfora produce en el intérprete.

1. EL MODELO DEL CÓDIGO Y EL MODELO OSTENSIVO-INFERENCIAL

Desde la perspectiva tradicional de la semiología estructuralista, podría sostenerse como concepto fundamental para la configuración del significado el de *sustitución*. En este sentido, ciertas manifestaciones susceptibles de ser percibidas representan algo que no son ellas mismas. Estas manifestaciones logran ser interpretadas al dotarlas con sig-

nificaciones específicas, acordes a un sistema de reglas que justamente las vincule rígidamente con aquello que denotan. Todo esto refiere a las características primarias de la semiosis. Estos sistemas de reglas constituyen convenciones interpretativas o códigos, los cuales relacionan al signo con el objeto al cual representa.

En consecuencia, la semiótica entiende que un destinatario cualquiera tiene la posibilidad de significar, de dotar de sentido una determinada señal, desde el momento en que posee un código: "hemos de suponer como hipótesis de trabajo que queda establecida una investigación semiótica cuando se supone que todas las formas de comunicación funcionan como emisión de mensajes basados en códigos subyacentes" (Eco, 1999: 11). Lo que establece el código es un sistema de probabilidades finitas que asegura los objetivos de la significación. En general y en un primer acercamiento, Eco plantea al código como aquella regla que permite vincular los términos existentes entre sistemas de oposición. Desde este instrumento necesario, "la denotación ha de ser la referencia inmediata que el código asigna a un término en una cultura determinada" (Id.: 85). Si bien esta idea de significación se muestra bastante plausible como parte de un análisis de la comunicación verbal estándar, parece encontrar algunos inconvenientes a la hora de esclarecer como opera sobre la transmisión de información en una gran cantidad de procesos posiblemente comunicativos, por ejemplo, aquellos de los que podría participar la metáfora viva.

En efecto, la idea de una denotación como resultante de aplicación de un código se complejiza cuando una señal puede asumir diferentes significados. Según la semiótica, esta variación constitutiva de la denotación se apoya en la relación que el lesema posee con el campo semántico que la rodea. El ejemplo provisto por Eco es a partir de pensar el término */tierra/*, el cual en oposición a */mar/* significa "tierra firme", a */sol/* "tercer planeta del sistema solar", o presentado como opuesto a */cielo/* puede asociarse con la connotación "situación del hombre como ser material y mortal" (Id.: 86). Sin embargo, si bien aquí el significado debe identificarse a partir del contexto, lo definitorio permanece en el código o sub-códigos que fijan la relación lesema-significado. Es decir, el contexto colabora en la selección del sub-código de referencia pero es, en últi-

ma instancia, tal regla la que configura la denotación. Aún lo que podría ser entendido como connotación en la solución significativa de la oposición tierra-cielo, puede estar inscrita en un código más o menos compartido.

Hasta aquí, parece poder explicarse las características de poliseimia que encontramos en numerosos tropos. El contexto se convierte en un instrumento que desambigua el término al remitirlo a un nuevo sistema de oposición donde se le asigna el significado pertinente. Si bien se ha complejizado el código, el concepto de sustitución asociado a un sistema de reglas prefijado se mantiene. La novedad radica en que la variable "contexto" participa en la selección del sub-código pertinente para la significación.

Pero el significado que se configura desde la metáfora viva, siendo un proceso de total innovación semántica, no debería circunscribirse a ninguna regla establecida. Su constitución excede las determinaciones que un hiper-código pudiera fijar, aún incluyendo la variable "contexto". Es por ello que Umberto Eco, preocupado por fenómenos donde la estricta subsunción al código debilita la explicación, se vuelca hacia una perspectiva pragmática para describir la significación. Desde la recuperación de la semiótica pierceana, Eco supera la noción bipartita de signo incorporando los posibles puntos de vista del sujeto interpretante (Eco, 1990: 14). En consecuencia, deberá apelarse a la capacidad inferencial como complemento necesario a la hora de dotar de sentido una determinada señal.

En suma, si se respeta la hipótesis fundamental de la semiótica para la significación y transmisión de contenidos, la metáfora viva no encuadra correctamente como proceso comunicativo. A pesar de ello, desde una perspectiva pragmática parece lícito pensar que un determinado grupo receptor que comparte una misma "situación" contextual, descubra relaciones comunes ante una determinada metáfora, generándose, entonces, soluciones similares. Sin embargo, la pertenencia a un mismo contexto como elemento definitorio en la significación no aseguraría la configuración de un significado medianamente estable y compartido que lo posicione como portador de conocimiento y de verdad.

Otro modelo de comunicación, basado en la pragmática y la psico-

logía cognitiva, es el denominado "ostensivo-inferencial" (Sperber & Wilson, 1994). Estos autores han desarrollado dicho modelo comunicativo partiendo de las tesis de Paul Grice, donde el reconocimiento de la intención informativa del emisor es la clave del éxito comunicativo. Es un proceso *ostensivo* porque se entiende que cualquier acto comunicativo tiene que partir del hecho de hacer explícita nuestra intención de transmitir algo. El hablante modifica ostensiblemente el entorno físico del oyente de manera que éste lo pueda percibir. Es *inferencial* pues el reconocimiento de la intención informativa del emisor se produce a partir de una serie de premisas específicas que implican la solución comunicativa adecuada. Las premisas que suscita un acto comunicativo más los supuestos auxiliares que puedan desprenderse de estas, son denominados *implicaturas*.

Este enfoque no descarta la posibilidad de que un acto comunicativo se realice -como sugiere la semiótica- a través de un código subyacente. Lo que pretende mostrar es que no necesariamente toda explicación comunicativa deba incluir un código o, al menos, que el código no resulta suficiente en todos los casos.

El concepto de implicaturas parte de las *Conferencias William James, de R Grice*, donde se describe la comunicación a partir del "Principio de cooperación" y las "Máximas de conversación". Grice entiende que, por existir un interés mutuo en alcanzar cierto éxito comunicativo, es esperable que se produzca cierta cooperación entre las partes que posibilitan el proceso. Dicha cooperación se alcanza mediante el cumplimiento de una serie de normas a las que Grice denomina *máximas*. Sin embargo, el autor entiende que esta descripción ideal de la comunicación no siempre se produce, vale decir, no es necesaria. Puede suceder, y de hecho ocurre, que una o varias máximas no se cumplan aún cuando el emisor se encuentre comprometido con el acto comunicativo. Grice dirá que cuando se manifiesta una "violación ostensible de una máxima conversacional", se produce una *implicatura conversacional*. Esta implicatura es algo que una oración sugiere implícitamente lo cual, mediante la inferencia, nos permite abordar sistemáticamente la intención informativa que pueda esconderse tras la denotación convencional. Cabe preguntarse de qué forma el oyente logra identificar en cada enun-

ciado la forma proposicional correcta que concuerde con la intención del hablante.

Para dar respuesta a este interrogante, Sperber & Wilson introducen los conceptos de entorno *cognitivo* y *relevancia*. A diferencia del modelo del código, donde lo compartido es un sistema convencional de reglas -el cual debe ser mutuamente manifiesto-, el concepto de "entorno cognitivo" estipula la necesidad de contar con cierta información compartida, aunque se puede no ser consciente de ello. Un grupo de personas comparte un entorno cognitivo cuando sus capacidades cognitivas y sus entornos físicos poseen características similares. Esta información genera una representación del mundo y un conjunto de supuestos alojados en su memoria. Cuando se accede en un acto comunicativo a nueva información, parte de ésta será completamente novedosa, mientras que otra podrá tener alguna conexión con la representación del mundo del sujeto. Las implicaturas derivadas del nuevo mensaje son combinadas con los viejos supuestos que pertenecen al entorno cognitivo, generando las premisas del proceso inferencial con las que podrá deducirse una posible solución. Si existe esta interconexión y generación de supuestos entre el mensaje nuevo y el entorno cognitivo del oyente, el mensaje es relevante. Cuanta mayor multiplicidad de supuestos suscita el mensaje, mayor será el grado de *relevancia*.

Los autores dirán que todo acto ostensivo se nos presenta con una garantía tácita de relevancia, propiedad "que hace que para los seres humanos merezca la pena procesar la información" (Id.: 63). Esto, que sí es mutuamente manifiesto, produce que ante cada acto ostensivamente comunicativo el receptor ponga automáticamente en marcha este mecanismo inferencial en busca de una solución. De esta forma, el entorno cognitivo se transforma en una herramienta que orienta hacia un punto de convergencia entre las dos partes del proceso, el cual permitiría acercarse a la intención informativa del emisor.

Ahora bien, desde esta teoría, la "expresión interpretativa óptimamente relevante" no deberá coincidir necesariamente con aquella que se entienda como *literal*. El sentido metafórico de un enunciado puede aparecer ya que el intérprete siempre tiende a la óptima relevancia y no a la verdad literal (Id.: 284). Ésta es aquella que se relaciona directamente a

la intención informativa del emisor. En consecuencia, cuando la solución significativa de un enunciado literal no satisface al intérprete, se desencadena un aumento significativo de efectos contextuales. Esto genera un número mayor de implicaturas en donde la responsabilidad del intérprete para la constitución del significado es mayor. La significación metafórica se explica a partir del mismo procedimiento que la literal: desde la búsqueda de la óptima relevancia en el acto ostensivo. Si la solución corresponde al sentido literal o figurado, tendrá que ver con la satisfacción que ésta provea al intérprete, en busca de la intención informativa del hablante.

Sin embargo, la restricción del sentido al ámbito de la intención informativa, no sería plenamente satisfactoria para la significación de la metáfora viva. En efecto, el espacio de total innovación en el que se configura la metáfora permite exceder los significados promovidos por la intención del emisor. La no existencia de reglas convencionales para tal proceso ni la necesidad de adecuarse a la intención informativa, implica que ninguna solución deba ser correcta o incorrecta. De modo que, perfectamente, la interpretación de la metáfora tiene la posibilidad de arribar a un significado en total desacuerdo con la intención del emisor, sin dejar de ser válida.

2. PAUL RICOEUR: LA METÁFORA VIVA COMO REDESCRIPCIÓN DE LA REALIDAD

El primer paso que transita Ricoeur para el estudio de la metáfora lo desplaza desde la palabra hacia el enunciado. Las retóricas antigua y clásica habían fundado el funcionamiento metafórico en la sustitución de sentido para una palabra dada. De este modo, el significado primario o literal se anula y, con ello, la referencia cambia en función del nuevo sentido. Se produce así un desvío donde se nombra algo mediante una palabra que habitualmente denota otra cosa y la clave de esta inversión es la semejanza. Pero tal transposición del significado de una palabra debe realizarse a partir de algo que se encuentre por fuera del término. Vale decir, debe existir alguna señal que indique por qué no se debe atender al significado habitual de la palabra aislada y se requiera buscar otro. Tal

clave es provista por la totalidad del enunciado. Es en esta relación donde la "impertinencia semántica" de la palabra en su sentido más corriente, promueve la transposición del significado. De este modo y a partir del nuevo sentido, el enunciado se vuelve significativo. Desde esta perspectiva, el análisis del sentido metafórico debe realizarse en relación a la totalidad de la frase.

Debe entenderse a la metáfora como búsqueda de soluciones significativas a un enunciado que, en su sentido literal, implica una contradicción o un absurdo. A partir de la lectura de Monroe Bardsley, Ricoeur describe al "absurdo lógico" que la interpretación literal compone como medio de liberación de la significación secundaria (Ricoeur, 2001: 129). Se genera así un espacio de innovación semántica que no precisa la restauración de un sentido oculto y pre-configurado. El proceso implica la resolución de un acertijo y se configura con el fin de componer un sentido inusual e inesperado.

Desde aquí Ricoeur extrae dos conclusiones importantes para el desarrollo de su análisis. En primer término, estas metáforas vivas o de tensión no son traducibles, "esto no quiere decir que no puedan ser parafraseadas, sino tan sólo que tal paráfrasis es infinita e incapaz de agotar el sentido innovador" (Ricoeur, 1995: 65). Por otro lado, se descarta la hipótesis que constriñe el sentido metafórico a un lenguaje emotivo u ornamental: "Tiene más que un valor emotivo porque ofrece nueva información. En síntesis, una metáfora nos dice algo nuevo sobre la realidad" (Id.: 66).

La descripción de este proceso de nueva significación comienza, entonces, con el reconocimiento de que el sentido literal es incorrecto. Tal examen puede realizarse al configurar el significado del enunciado en cuestión desde la prescripción de un sistema de reglas. Esto se corresponde al procedimiento explicado en el modelo del código para la significación estándar. Para el caso de la metáfora se descubriría que, apelando a la convención, se obtiene una contradicción o un absurdo. Si aún se intenta comprender el enunciado más allá de la impertinencia semántica respecto a un código, se podría inferir la intención informativa del emisor. Como se viera para el modelo ostensivo-inferencial, esto es posible incorporando supuestos auxiliares derivados del espacio coincidente de

entornos cognitivos. Pero tal cosa tampoco puede ocurrir necesariamente en la metáfora viva pues la intención informativa del autor no puede imponer la interpretación correcta. Esta permanecerá viva siempre y cuando no agote su sentido y tenga la capacidad de demandar permanentemente una solución significativa en tensión con la literal. Ahora bien, ¿qué es, entonces, aquello que conduce a esa nueva significación?

Nos encontramos aquí frente a la raíz del problema planteado. Si la significación conforma una restauración de sentido previa, la relación con la verdad y el conocimiento se muestran plausibles aunque estructuralmente similares al lenguaje ordinario. El acceso a nueva información de la realidad no sería desde la metáfora sino desde un mecanismo seguro de transmisión de contenidos cognitivos. Si, por el contrario, en la metáfora viva la interpretación implica paráfrasis infinita y novedad absoluta, en principio, su capacidad para vehicular conocimiento y portar verdad se desdibujaría, a menos que se adhiera a un relativismo absoluto. Esto implica que, de mantenerse la pretensión cognoscitiva para la metáfora viva, deberá hallarse algún tipo de regulación que delimite el sentido metafórico sin anular su extrema creatividad.

Ricoeur describe tal regulación, apelando al concepto de semejanza aunque en un sentido distinto a las teorías sustitutivas de la metáfora. Esta es un instrumento más necesario aún en una teoría de la tensión que en una teoría de la sustitución y no sólo es aquello que construye el enunciado metafórico sino también lo que lo guía y produce (Ricoeur, 2001: 291). Recapitulando, la tensión producida en la metáfora viva crea un desafío. El intérprete debe resolver y superar la contradicción que la "impertinencia semántica" propone. El sentido metafórico será, entonces, la nueva pertinencia. Esta transferencia desde el sentido literal -insólito y contradictorio en estos casos- hacia el nuevo sentido metafórico se realiza con la semejanza como elemento nuclear. Pero tal semejanza ya no debe ser entendida en términos puramente semióticos en donde se sustituye una palabra por otra. La semejanza aquí aludida opera como funcionamiento semántico al interior de la totalidad de la frase. "Lo que hace la nueva pertinencia es el tipo de "proximidad" semántica que se establece entre los términos a pesar de su distancia" (Id.: 291).

El inconveniente más difícil de superar aquí es la objeción que deshabilita a la semejanza como elemento conducente a la nueva pertinencia.

La debilidad de la semejanza como categoría explicativa parece fundarse en que todo puede parecerse a todo, o como lo expresa Ricoeur, en que "una cosa cualquiera se parece a otra cualquiera... ¡diferencia más o menos!" (Id.: 295). Ricoeur, introduce dos conceptos para explicar el funcionamiento de la semejanza en la metáfora. Como primer momento en el proceso interpretativo aparece la idea de *epifora*, remitiendo a una suerte de intuición donde se percibe -a manera de "golpe de vista"- cierta proximidad entre ideas extranjeras. Estas ideas extranjeras se extraen de los campos semánticos con los que se vinculan los términos en principio alejados. De modo que la categoría no debe relacionar simplemente un término con otro, sino los campos semánticos a los que pertenece cada término. Este mecanismo, que acerca elementos habitualmente lejanos, se complementa con la *diáfora*, un momento de orden discursivo en el que se construye el enunciado metafórico en relación a la proximidad intuida.

Así, la metáfora viva es el resultado del trabajo de la semejanza con lo cual se aproxima lo lejano y se da fundamento al nuevo sentido. Se ve lo semejante a pesar de la evidente contradicción: "La metáfora, figura del discurso, presenta de manera abierta, por medio de un conflicto *entre* la identidad y la diferencia, el proceso que de manera cubierta, engendra áreas semánticas por fusión de las diferencias *dentro* de la identidad (Id.: 298).

Sin embargo, al menos esta explicación no disuelve el problema de la debilidad lógica de la semejanza. Aquello que motoriza la creación de sentido en la metáfora es el intento de resolver el enigma. Es el anhelo de hacer significativa la frase, de encontrarle un sentido, de superar la frustración que implica el absurdo. La semejanza parece, entonces, solo la excusa; aquello que me permite justificar el acercamiento entre términos. El interés de una herramienta de este tipo radica en su condición de *comodín*: cualquier cosa puede parecerse a cualquier otra. De modo que en nombre de la semejanza, un hábil intérprete seguramente pueda relacionar cualquier par de ideas en principio extranjeras. Pero esto no puede ser una categoría válida para explicar cómo se constituye un significado en la metáfora que describa la realidad.

La clave parece estar, entonces, no simplemente en la proximidad

entre términos, sino en la causa de tal proximidad. Algo que Ricoeur comprendía al referirse a "f/po de proximidad". El proceso de resolución del enigma deberá incluir el hallazgo de razones o motivos que hagan cercanos al sentido literal con el nuevo sentido propuesto. No es simplemente la semejanza lo que guía hacia el sentido. Esto es sólo, y no por ello carente de importancia, el pretexto para encontrar la relación; es decir, brinda la libertad para crear el vínculo entre los campos semánticos. Aquello que crea el sustrato semántico para la producción del sentido metafórico es la razón específica por la cual esos términos en tensión y literalmente "alejados" se perciben "ceranos". Si existe creatividad regulada en la construcción de significados metafóricos, esta será su clave. ¿Pero existe alguna pauta regulativa para el hallazgo de causas o razones que vinculen ideas extranjeras? ¿Podrían hallarse, en el vasto universo de lo semejante, mejores y peores razones, independientes a la pura subjetividad, que definan el sentido metafórico de una frase?

La causa de la proximidad entre términos no resulta en todos los casos clara, ni mucho menos necesaria. Ricoeur citando a Aristóteles en *Retórica* III muestra un ejemplo de proximidad entre términos: "...Arquites decía que un juez y un altar son cosas idénticas (*tauton*) porque ambos son el refugio de todo el que sufre injusticia". Esta idea podría ser perfectamente la que guiara una construcción metafórica en la que los términos en tensión fueran /juez/ y /altar/. El significado metafórico sería coherente con ello y, en consecuencia, el contenido referencial también. ¿Pero qué sucedería si alguien, en función de su representación del mundo, de su entorno cognitivo, observara exactamente lo contrario? Vale decir, que un intérprete vea el mismo grado de proximidad entre los términos, pero ya no por referir ambos a un refugio de todo aquel que sufre una injusticia. Por el contrario, que viera en la figura del juez y del altar a los verdugos de quien verdaderamente sufre una injusticia y símbolos de la más completa corrupción. Guiado por esta causa en la proximidad, el enunciado metafórico no sólo sería distinto, sería completamente opuesto.

Lo que se sugiere desde este ejemplo es que no parecen existir argumentos de peso y compartidos, que determinen la producción de un sentido metafórico apropiado o que permitan distinguir el correcto del

incorrecto. Esto va de la mano con la idea de vincular a la metáfora viva con la posibilidad de una paráfrasis infinita y novedad absoluta. Una metáfora que se estructura desde la tensión de los términos /juez/ y /altar/ pueden, por proximidad semántica, referir a justicia, a injusticia o a infinitas posibilidades dependiendo del tipo de semejanza atendida. Esto debilita enormemente su vínculo con el conocimiento y con la verdad. Pues si cada una de las interpretaciones, guiadas por el principio de semejanza es válida, entonces todas aportarían nueva información de la realidad. Esto implicaría que los significados metafóricos deberían designar, en algún sentido, algún objeto o estado de cosas del mundo. Pero si ante un mismo enigma y en una misma situación contextual, dos intérpretes distintos pueden arribar a soluciones significativas radicalmente opuestas, resulta problemático sostener que ambos significados proveen información de la realidad, expresan un conocimiento del mundo o portan una verdad.

Se arriba así a la cuestión de la referencia, discusión central en el problema de la metáfora viva y su vínculo con el conocimiento. Al establecer que cualquier predicación inusual de paráfrasis infinita contiene información de la realidad, debería pretenderse que tal sentido conlleve asociado una referencia en el mundo que satisfaga el nuevo significado. Así se niega lo que tradicionalmente la crítica literaria supuso para la referencia poética. Esta establecía, en concordancia al positivismo lógico, que la "función" poética privilegia la relación entre signos y acrecienta su dicotomía con los objetos. De este modo se escindiría de la función referencial ocupándose fundamentalmente de los contextos propios de la obra. Las mayores exigencias para con un discurso de este tipo parecerían ser de tipo formales al interior de la obra, desatendiendo la posible relación con el mundo extra-lingüístico. Algo que Carnap sintetiza al expresar que: "la finalidad de un poema en el que aparecen las palabras "rayo de sol" y "nube" no es informarnos de hechos meteorológicos, sino expresar determinadas emociones del poeta y provocar en nosotros emociones análogas" (Carnap en Ricoeur, 2001: 300).

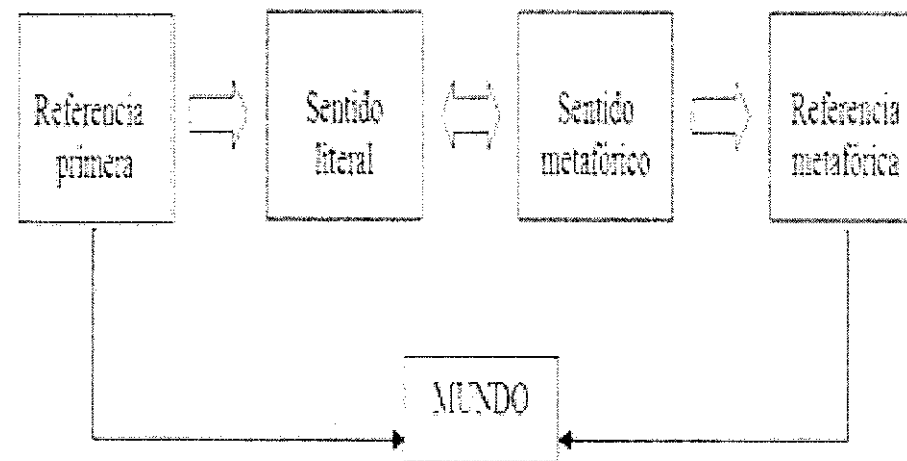
Sin embargo, Ricoeur describe para el discurso poético una modificación de jerarquías o dominancia en las diferentes funciones pero no la necesaria abolición total de alguna de ellas. La función referencial,

para estos casos, se desenvuelve con diferentes mecanismos y estrategias al discurso meramente descriptivo. Se suspende la denotación primera a expensas de obtener una referencia más fundamental, extraída de un proceso hermenéutico a cargo del intérprete: "La tarea de la interpretación consistirá en desplegar la visión de un mundo liberado, por suspensión, de la referencia descriptiva" (Id.: 303)

Ya se ha visto como la constitución del sentido de un enunciado metafórico requiere, como primera regla interpretativa, la supresión de la lectura literal. Esta necesidad se desencadena a partir de la incompatibilidad semántica propuesta desde la propia metáfora. Su solución literal necesariamente conduciría a un sin sentido. De este modo, también la referencia correspondiente a esa primera lectura se desvanece. Esta primera etapa en el proceso de interpretación metafórica, identificado en Ricoeur como fase negativa, se contrapone a una estrategia positiva de "innovación de sentido" que configura la metáfora viva. Detrás de ella se busca, también, un objetivo referencial erigido sobre la denotación anulada de la interpretación literal. La pretensión de verdad que implícitamente subyace a la palabra, provoca la suposición, por parte del intérprete, de una referencia detrás de todo sentido. Vale decir, que frente al nombre o la frase, el oyente o receptor espera descubrir un objeto o un estado de cosas que posea efectiva existencia en el mundo: "la búsqueda y el deseo de verdad nos impulsan a pasar del sentido a la denotación" (Frege en Ricoeur, 2001: 327). Tal referencia, ahora metafórica, se configura a partir de las nuevas relaciones semánticas creadas en este proceso innovador. Otra vez, la constitución del nuevo sentido se configura a través de una proximidad oculta entre los campos semánticos de los términos. Y esta aproximación lingüística, se traduciría a cierto contacto entre cosas del mundo. Se debería comprender aquí, entonces, que la proximidad entre cosas del mundo, es en rigor entre la referencia abolida constituida en la primera interpretación literal, y la referencia metafórica que el sentido innovador propuso. Es decir, el vínculo ya no se da, solamente, entre los sentidos y las referencias, sean literales o metafóricos. También se produce una relación, aunque ya no como correspondencia directa, entre sentidos, literal y metafórico; traducida a relación entre referencias, literal y metafórica. Y esta correlación, ya no se crea por correspondencia sino por la pro-

ximidad que la semejanza propone. En consecuencia, los objetos o hechos del mundo que una primera lectura de la metáfora describía, se vinculan a los objetos o hechos del mundo que el sentido nuevo propone.

Desde esta lectura, la diferencia en la constitución de lo literal y lo metafórico reside en un giro de dirección. La configuración del sentido literal procede de un movimiento que va de la cosa al significado, consistente en colocar "etiquetas" sobre ocurrencias, reflejo de objetos o hechos del mundo. Pero el sentido metafórico invierte la trayectoria y se dirige desde la significación hacia la ocurrencia a través de un proceso de transferencia y configurando una fase positiva de reorganización semántica. La transposición que se produce entre el sentido literal y el figurado no involucra solamente al predicado en cuestión, sino que arrastra la totalidad de los rasgos semánticos y conceptuales que participan del foco de la enunciación metafórica.



Pero la simple colocación de etiquetas sobre ocurrencias del mundo no basta para conformar el sentido literal. El significado primero de un enunciado queda establecido cuando esas etiquetas se muestran exitosas y se fijan a través del uso en una convención interpretativa que se traducirá a un código. Si esto es insuficiente, deberá apelarse a

supuestos auxiliares compartidos al interior de una comunidad dada y descubrir la intención del emisor. Esto es lo que posibilita a un enunciado "portar" ideas con mediana estabilidad y, en consecuencia, vehicular contenidos cognitivos que provean información de la realidad; aquello que facilita que a través de un enunciado cualquiera, al menos dos sujetos compartan un conocimiento dado. Por otro lado, la construcción del sentido metafórico no se apoya en ningún procedimiento seguro que garantice algo de estabilidad para su contenido. Por lo tanto, la diferencia fundamental entre las configuraciones de significado no es, simplemente, el giro de dirección.

El contraste relevante reside en que el sentido literal se apoya en un conocimiento mutuo que constriñe la significación y fija la referencia, mientras que el metafórico se crea por el deseo subyacente del intérprete de una denotación detrás de cada sentido. La sola apelación a una proximidad entre campos semánticos conforma un espacio demasiado vasto para pretender configurar una referencia medianamente estable. De este modo, nada indica que, a partir del mismo enunciado, dos sujetos puedan componer un sentido y una referencia metafórica que implique compartir un conocimiento o describa la realidad satisfactoriamente. El sentido literal crea el significado a partir del mundo. El metafórico, intenta re-crear el mundo a partir del sentido. Pero el mundo ya está allí.

Ricoeur completa su defensa del valor cognoscitivo de la metáfora viva argumentando por analogía a la configuración y el funcionamiento de los modelos teóricos científicos. Estos, justamente, pretenden una redescipción de la realidad, en virtud de proporcionar nuevas explicaciones y mejores predicciones de las cosas y hechos del mundo. Siguiendo a Max Black y Mary Hesse, Ricoeur entiende por modelo al "procedimiento heurístico que sirve para descartar una interpretación inadecuada y para abrir el camino hacia una más nueva y precisa" (Ricoeur 1995: 79). El modelo teórico se configura con la construcción de una ficción que modifica el lenguaje habitual. Esta estructura ficticia transpone características propias a la realidad y promueve la percepción de nuevas conexiones entre las cosas. La clave para tal transposición resulta del isomorfismo pretendido entre el modelo teórico y la porción del mundo en cuestión. De este modo, Ricoeur comprende la función referencial del lenguaje poético en analogía con la del lenguaje científico.

Ambos refieren al mundo a partir de una desviación que niega un significado y una referencia primaria, modificando el lenguaje y construyendo un significado secundario asociado a una nueva visión de la realidad.

En consecuencia, así como un nuevo paradigma científico impone un nuevo esquema interpretativo en perjuicio del anterior, la interpretación metafórica promueve el abandono del sentido literal en virtud de un nuevo significado. Asociado a ello, la referencia literal también debe ser suspendida, posibilitando la emergencia de una referencia de segundo orden, y un acceso nuevo a la realidad y la verdad. "La racionalidad -dice Mary Hesse- consiste precisamente en la adaptación continua de nuestro lenguaje a un mundo en continua expansión; la metáfora es uno de los principales medios de realizarlo" (en Ricoeur, 2001: 320).

Sin embargo, nuevamente el análisis resulta incompleto sino se tiene en cuenta, para la consolidación de un modelo teórico, lo que comúnmente se denomina "contexto de justificación". Una nueva hipótesis explicativa, un nuevo modelo teórico, no se constituye simplemente a través de un procedimiento que descarte una interpretación inadecuada y posibilite la apertura hacia una nueva explicación. El nuevo modelo explicativo requiere del contraste con la realidad para ser justificado y, consecuentemente, constituirse en una mejor interpretación de los fenómenos del mundo.

Cuando Ricoeur analiza el funcionamiento de la metáfora viva a la luz de los modelos teóricos, parece sólo tener en cuenta el "contexto de descubrimiento". Aquí se crean hipótesis nuevas que tienen la posibilidad de negar una explicación previa acerca de un fenómeno y una redescipción más satisfactoria del mismo. Esta generación, que se produce con escasa regulación en un marco de amplia libertad, también se acercaría a la configuración de sentido para la metáfora viva. Como señala Thomas Nickles "no tenemos, y probablemente nunca tendremos, algo como reglas algorítmicas para generar teorías profundas y conceptualmente nuevas" (en Comesaña, 1999: 17). Pero estas nuevas hipótesis no se constituyen en un nuevo modelo teórico sino atraviesan favorablemente un "contexto de justificación". A través de la observación y el diseño experimental, las hipótesis deben sumar una suficiente cantidad de pruebas a favor y ninguna en contra para que, en algún sentido, puedan

considerarse buenas explicaciones de la realidad y, en consecuencia, logren transmitir conocimiento.

Puede objetarse aquí que Ricoeur no adhiere a la distinción estándar comúnmente aceptada y propuesta por Reichenbah en 1938. En el ataque a esta concepción se niega tal distinción fundamentando, en sus versiones más plausibles, que no puede trazarse una línea estricta entre ambos contextos y, en todo caso, la filosofía de la ciencia no puede exclusivamente restringir su campo de aplicación a la justificación. Posiciones más contemporáneas suelen objetar que ambos contextos no son sucesivos sino que operan interactivamente. También hay distintas formas de entender la justificación. Sin embargo resultaría problemático negar en absoluto la existencia de justificación para la consagración de un modelo. El testeo con el mundo parece ser condición necesaria para la consagración de una teoría o de cualquier contenido cognoscitivo que se pretenda informe sobre la realidad. Independientemente a la concepción filosófica que se adhiere respecto de la ciencia, una teoría se muestra exitosa -explica y predice, brinda información de una porción del mundo- en la medida que, desde un diseño experimental, soporta las exigencias que el mundo impone.

Si en la constitución del significado metafórico, al igual que en los modelos científicos, existe un testeo permanente con la realidad, seguramente su posibilidad de describir la realidad se verá ampliada. Pero definitivamente tal operación atentaría contra sus propiedades de permanente creación e invención y, en última instancia, equipararían su funcionamiento al lenguaje científico y literal.

3. DONALD DAVIDSON. LA METÁFORA COMO "SUEÑO DEL LEGUAJE"

El análisis del significado metafórico, en Davidson, tiene como tesis central la negación de la existencia del sentido figurado. Una metáfora significa lo que su interpretación más literal produce, y nada más. Esto lo conduce a sostener que, si bien la metáfora puede ser un recurso legítimo tanto en literatura como en ciencia, sus logros no incluyen la transmisión de conocimiento: "El concepto de que la metáfora es fundamentalmente un vehículo para conducir ideas, aunque sean inusuales, me

parece tan erróneo como la idea madre de que la metáfora tiene un significado especial" (Davidson, 2001: 246).

A la base de esta explicación se encuentra la distinción entre significado y uso. La interpretación metafórica es un proceso constituido por el dominio del uso. Todo aquello que se relacione a un sentido figurado se configura desde elementos externos a la propia metáfora. Por el contrario, el significado literal podría desentramarse independientemente de cada contexto particular (Id.: 247). La dificultad que encuentra Davidson para atribuir significado a lo que la metáfora provoca reside en que estos efectos no son rasgos constitutivos de las palabras en sí. "La metáfora *dice* sólo lo que tiene a la vista: usualmente una falsedad patente o una verdad absurda. Y esta verdad o falsedad manifiestas no necesitan paráfrasis: su significado está dado en la significación literal de las palabras" (Id.: 1958).

Davidson identifica de manera similar lo que Ricoeur describe como fase negativa. Pero la consecuente estrategia positiva que el filósofo francés postulaba como creadora del sentido figurado, es pensada por Davidson por fuera del significado y limitada exclusivamente al ámbito del uso. De este modo, todo aquello que la metáfora evoca, todas las ideas que suscita, las relaciones novedosas que promueve, no son más que los *efectos* producidos por las metáforas en el receptor. El error, según Davidson, ha sido tomar estos efectos como parte constitutiva del significado metafórico. Tal confusión se advierte al notar que toda la construcción de sentido en la metáfora viva, se realiza primordialmente con elementos que no están contenidos en el enunciado ni implican necesariamente compartir un código o una serie de supuestos. "Una metáfora hace su trabajo por medio de otros intermediarios; suponer que ella sólo puede ser efectiva si conduce a un mensaje codificado es como pensar que una broma o un sueño emiten un enunciado que un intérprete lúcido puede renunciaren prosa llana". (Id.: 260). Asimismo, Davidson señala que tomar por efectos lo que antes se consideraba como significado no es, simplemente, una cuestión terminológica. Al hablar de significado metafórico, se supone que existe un contenido cognitivo particular que se transmite a través de la metáfora y es igualmente entendido por el emisor y el receptor. Y como se señala para la metáfora, esto no es necesario.

Si el sentido que el efecto metafórico promueve en el interprete no proviene del enunciado en sí sino que, por el contrario, son los elementos particulares del contexto de uso los definitorios, se entiende que una metáfora, al menos, no es el mejor candidato para brindar información de la realidad, ser vehículo de conocimiento o portar verdad. Lo que asegura a un significado transmitir un conocimiento dado es la capacidad de fijar la referencia a través de un código o desde supuestos compartidos conducentes a la intención informativa. Si un sentido figurado, efectivamente, se configura desde la negación de tal procedimiento, con ello se anula la capacidad de transmitir ideas. Esta es la razón por la cual los efectos que produce una metáfora viva no parecen tener límites. Es por ello, también, que la paráfrasis resulta infinita. Justamente porque no existe algún mecanismo que imponga para la metáfora un significado medianamente estable.

Esta perspectiva que diferencia significado y uso, problematiza nuevamente los argumentos de Ricoeur ya expuestos. Estos pretendían mostrar la significación de la metáfora viva por analogía con la constitución del significado literal y con la construcción del modelo científico. En efecto, estos últimos fenómenos son considerados capaces de expresar un contenido referencial. De modo que si la constitución del sentido metafórico fuera estructuralmente similar al literal y a los modelos, podría igualmente la metáfora ser vehículo de conocimiento. Sin embargo, tal analogía resulta inadecuada.

Por un lado, la configuración del sentido figurado no varía simplemente en un cambio de dirección con respecto a la literal. La diferencia fundamental radica en que, con la metáfora viva, no opera ningún elemento fuerte que asegure un significado medianamente estable; su dominio exclusivamente es el del uso. Por el contrario, el sentido literal, ya sea desde la aplicación de un código o desde el reconocimiento de la intención informativa, hace posible que un emisor y un receptor compartan una misma información. Al tratarse del lenguaje que se utiliza habitualmente, la referencia se encuentra medianamente establecida. Se configura, así, un significado del que es posible contrastar su verdad o falsedad con la realidad. Cuando tal significado, en virtud de representar un absurdo o una contradicción, no es reflejo de objeto o hechos del mundo,

el problema pasa a ser el de la referencia por establecer. Pero de aquí en más, lo que guía la configuración de tal referencia parecería encontrarse por fuera de la metáfora en sí.

En primer lugar, el motor principal de esta empresa es el deseo de verdad con el que el intérprete intenta encontrar una denotación detrás de cada sentido. Luego, desde una categoría como la proximidad semántica, donde con habilidad pueden hallarse conexiones entre todas las cosas, se construye la pretendida denotación. Lo que en definitiva se muestra determinante para tal generación será el particular sistema de creencias de cada sujeto y sus capacidades cognitivas. Tal cosa no puede ser suficiente para determinar la validez del significado y conferirle a éste la propiedad de informar acerca de algún aspecto de la realidad. Ya sea desde la descripción, la redesccripción, refiguración o cualquiera sea su variante. Por otro lado, la metáfora viva tampoco es estructuralmente análoga a los modelos teóricos. Su funcionamiento sólo se vincula al contexto de descubrimiento de una teoría científica. En éste, al igual que en la metáfora, no existen reglas que guíen el proceso. Sin embargo, un modelo científico no se constituye como tal si no atraviesa favorablemente un contexto de justificación. Sin esto último, solo sería un modelo posible.

Algo similar parece ocurrir con la metáfora viva. Mientras se mantenga en ese espacio de innovación semántica y no se contraste efectivamente con el mundo, no podrá brindar información de la realidad ni poseer una denotación estable de la cual predicar verdad o falsedad. Si se sostiene que la resolución de la metáfora viva también implica testeo con la realidad, su capacidad creativa se verá debilitada. Las soluciones al enigma planteado irían siendo refutadas o confirmadas y con ello, la metáfora viva parecería dirigirse inexorablemente hacia su muerte. Esto es así pues, necesariamente, de su contraste con la realidad surgirían soluciones más adecuadas que otras. Algunos significados se mostrarían con mayor efectividad para describir determinados objetos o hechos del mundo. Esto, producto de su éxito descriptivo, se haría más habitual, se fijaría en un código y se transformaría en algo compartido al interior de una comunidad dada. Aquel enigma que para la metáfora viva debería permanecer permanentemente activo, poco a poco irá alcanzando su mejor solución.

Esto sugiere que, pensado como una cuestión de grados, a mayor innovación semántica menor contraste con la realidad y, en consecuencia, menor capacidad de referirse a ella. Sólo traspasar esa dimensión parecería permitirle llevar a cabo tal tarea, pero también significaría restringir su sentido y pasar de la esfera del uso a la del significado. Con la fijación de alguna de las posibles soluciones al enigma planteado, la metáfora viva será metáfora muerta siendo un significado más del corpus lexical.

Se entiende entonces que, en la metáfora viva, la negación del sentido literal y su referencia primera se realiza en función de salvaguardar el principio de no contradicción. La incomodidad del absurdo lógico activa un proceso que busca eliminar la contradicción con el objetivo de establecer una referencia, puesto que detrás parece operar cierta pretensión epistémica. Componiendo un sentido unívoco, se enciende la posibilidad de que el enunciado sea capaz de referirse a la realidad, transportar contenidos cognitivos y portar verdad. Pero esta pretensión aparentemente universal no necesariamente conduce a una tarea exitosa. Informar acerca de la realidad, construir un conocimiento y, fundamentalmente, transmitirlo, parece implicar convenciones, representaciones del mundo comunes entre individuos, supuestos similares y contraste con la realidad. La metáfora viva no opera desde estos límites y, posiblemente, hacerlo implicaría su muerte. Seguramente su tarea no sea vehicular conocimiento. Después de todo, el enunciado literal busca cumplir con tal cometido y la composición del significado estándar se muestra exitosa para llevar a cabo tal empresa.

La interpretación de la metáfora viva tiene la exclusiva virtud de, en primer término, liberar al individuo de todos esos límites externos que impone el lenguaje habitual. Esta libertad, justamente, implica no constreñirse a la tarea de transmitir conocimiento ni portar verdad. Ese estado de enigma permanentemente activo, sin reglas estrictas para descifrarlo, sin soluciones correctas o incorrectas, es lo que promueve infinitas relaciones y conexiones. Seguramente esto cumpla un rol determinante en la creación de nuevas ideas y, con ello, posibles candidatos a buenas descripciones del mundo. Pero sólo algunas de ellas, aquellas que atravesasen exitosamente el contraste con la realidad, serán fijadas por los

mecanismos que una comunidad imponga y consideradas conocimiento. Mientras tanto, sólo serán insinuaciones con pretensión de verdad.

Esto no debe ser entendido como una desvalorización de la metáfora viva en su vínculo con la cognición. En efecto, una herramienta que permite generar potenciales candidatos a nuevas y mejores descripciones del mundo hace que sea posible pensar al conocimiento humano como algo perfectible. El proceso por el cual un intérprete dota de sentido una determinada señal para la cual no existen procedimientos seguros de significación, se desarrolla en un espacio donde se crean nuevas ideas que incluso contradicen las ya conocidas. Esto tiene la posibilidad de producir consecuencias extraordinarias para el conocimiento y la comprensión del mundo. Pero para que efectivamente esta posibilidad se actualice, deberá completarse con otras herramientas que impliquen un contraste de algún tipo con la realidad. Volviendo a Davidson, "el poema insinúa muchas cosas que van más allá del significado literal de las palabras, pero insinuación no equivale a significado" (Id.: 255). Se podría pensar, entonces, que insinuación tampoco equivale a conocimiento, ni a verdad.

BIBLIOGRAFÍA

- COMESAÑA M. (1999) *Razón, verdad y experiencia*, Mar del Plata, UNMdP.
- DAVIDSON D. (2001) *De la verdad y de la interpretación*, Barcelona, Gedisa.
- ECO U. (1999) *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen.- (1990) *Semiótica y semiología del lenguaje*, Barcelona, Lumen.
- GRICE P. (1991) *Studies in the Way of Worlds*, U.S.A., First Harvard University Press.
- HESSE M. & ARBIB M. (1998) *La construcción de la realidad*, Buenos Aires, Almagesto.
- RICOEUR P. (2001) *La metáfora viva*, Madrid, Trotta.- (1995) *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, S. XXI-(1988) *Hermenéutica y acción*, Bs. As., Docencia.
- SPERBER D. & WILSON D. (1994) *La Relevancia*, Madrid, Gráficas Rogar.